



¡Jamás hubiera soñado que es ladrón! Nuestro encuentro fue tan amistoso y casual. Todo comenzó un martes por la noche en el mes de agosto en la puerta de mi casa.

“Muy buenas noches, Señor. Soy un artista haciendo las de vendedor,” dijo al dirigirse a mí con una sonrisa. Pero no tan fácilmente iba a baja la guardia. Traté de averiguar algo acerca de su trasfondo.

“¿Con quién trabaja? le pregunté. Confesó que tenía nexos con varias de las destilerías más grandes. Además tenía cuentas con las tabacaleras más famosas y algunas cervecerías. “Pero en este momento,” continuó diciendo, “soy agente de una de la principales revistas naciones”.

Entonces le permití entrar en la sala y le escuché durante un par de horas. Al enterarme de sus afinidades, me tomé la pena de compartir con él mi fe cristiana y mi amor por el Señor.

“En mi vida no hay lugar para el licor, el cigarro, ni la cerveza,” le dije deliberadamente. “Siendo cristiana yo sé que mi cuerpo es el templo del Espíritu Santo.” Me sentía seguro que mis palabras le causarían ofensa. Pero en lo absoluto se molestó con mis convicciones. Él mantuvo sus puntos de vista, y yo los míos. Ésta *statu quo* caracterizaría todas nuestras discusiones.

En un momento desprevenido comenzó a contar un chiste colorado. Sin titubeos le informé que tales cosas no se permitían en mi casa. De hecho, lo corté de inmediato.

Como usted podrá imaginarse, tuve mis reservas con relación de la veracidad de muchas de sus historias. Sin embargo debo reconocer que sus experiencias muchas veces me emocionaban.

Después de una noche con él, le invité a volver la noche siguiente. Quizá pueda yo ejercer una influencia buena sobre él, pensé con ingenuo.

Mi esposa me recordó que habría conflicto con su siguiente visita y el culto de oración en nuestra iglesia. “Claro, debería asistir,” confesé, “pero debo cumplir con mi compromiso con este amigo.” Compartí con ella algunas de las cosas que él me había dicho. Ella fue reacia en aceptarlo.

“Yo no le confío” me dijo. La preocupación de ella crecía en la medida que él ocupaba más tiempo de la familia.

El día era aburrido en comparación con mis noches con este individuo. Él tenía una imaginación cautivadora. A veces me provocaba tales ataques de risa que yo enloquecía con sus increíbles experiencias. Otras veces mi pelo se erizaba. Sus apuros con la policía eran totalmente asombrosos. Si bien era fabuloso para contar historias, él era un super dotado en lo que a las películas se refiere. Pero él no pudo hablar sin revolver sus historias con sexo y violencia. Esto me obligaba a cortarlo una y otra vez.

Luego, comenzó a afligir a mi hijo adolescente, Carlos, y a mi hija de nueve años, Eloísa. Apenas podían ellos aguantarse para oír su último chiste o historia despeluznante. Bien podían desvelarse pasada la media noche si yo lo permitía. Todas estas distracciones afectaban el rendimiento escolar y no le hacía ningún bien a su salud. Me comencé a afligir por la presencia de este señor en nuestro hogar.

Y luego llegó la gota que hizo rebalsar el vaso. Un día varios de mis libros favoritos me hicieron falta. En vano los busqué. “¿Será que éste es un ratero?” me pregunté. “Si así es, ¿qué otras cosas nos ha robado?”

Todo aquello me parecí muy sospechoso. Al día siguiente estaba tan molesto que decidí hablarles a los vecinos. De hecho, allí también había tomado cosas. Me admiré de sus maniobras. Por cierto todo confirmaba el punto de vista que mi esposa mantuvo desde el principio. Él había entrado al hogar de uno como un maestro de religión. “Nos ha convencido de que las sectas modernas tienen la verdad,” decía. Otro vecino, un vendedor, lo conocía como un experto en ventas. “Me está mostrando las últimas técnicas,” me explicó, “esos trucos que un vendedor exitoso puede muy bien copiar.” Por cierto tenía muchas modalidades para entrar en una casa.

Sugerí que todas estas personas revisaran sus pertenencias. La mayoría de ellas encontró que faltaba. En la casa de un amigo, noté que las revistas cristianas ya no se hallaban. En otra, la Biblia había desaparecido. Me sorprendí al oír que la hora de servicio del domingo y del culto de oración entre semana ahora lo pasaban con este señor. Al salir de dicha casa el esposo me dijo que su familia ya no se reunía para orar y leer la Biblia juntos.

Algunos días después vi a este individuo entreteniéndolo a la familia de otro vecino. Él me puso poca atención a mí, lo cual me alegró. Yo no había llegado para verlo a él sino había llegado para hablar con la hija adolescente acerca de su fe en Cristo. Pero éste monopolizó toda la conversación esa noche. Le robó a ella todo pensamiento serio que pudiera haber tenido. Me sentí destrozado al ver aquello. Finalmente, me sentía obligado a reclamarle a la madre de la señorita por la falta de cortesía que encontré.

“Ah,” exclamó, “siempre es así.” Me di cuenta que ella también tenía un muchacho de cinco años que sufría desajustes emocionales por las visitas de este señor. Me retiré a casa preocupado, pensando qué debería hacer.

Al fin me di cuenta que mi visitante padecía de cleptomanía. Como un ladrón experto, él había robado mis libros, revistas y mi tiempo. Pero lo principal que me estaba haciendo falta era mi

amistad íntima con Cristo, y las noches que yo había pasado conversando con mis amigos y mi familia. Estoy seguro que otros han tenido experiencias similares.

Algunos han perdido cosas de verdadero valor, no insignificancias, sino tesoros preciosos de la familia que una vez disfrutaban juntos: experiencias espirituales, sociales e intelectuales que le han sido robadas y cambiadas por entretenimiento barato y vulgar.

Este señor no está en nuestro hogar ahora. Si yo lo pudiera mantener en su lugar, no haría daño su presencia. Los cleptómanos no son siempre intencionalmente malos. Aún ocasionalmente traen pizca de noticias beneficiosas y un poco de humor sano. Pero usted tendrá que abrir bien sus ojos para ver que esta persona no le robe continuamente lo que más aprecia.

De vez en cuando aún le veo en casa de mis vecinos. Él todavía los mantiene riéndose y emocionados hora tras hora. He estado tratando de recordar su nombre para alertarlo a usted acerca de sus métodos sutiles. Se me escapa por el momento o quizá nunca me lo dio con exactitud. Pero si no me equivoco, creo que su nombre es Señor Tele. Estoy bien seguro que sus iniciales son T.V.

Me pregunto que le habrá robado ese Señor Tele de usted. ¿Devociones? ¿Buena lectura? ¿Conversaciones constructivas? ¿Asistencia a la iglesia? ¡Revise su lista y entérese! Puede ser que se admire al ver lo que ha desaparecido.

Éste astuto me recuerda un caballo salvaje. Uno tiene que sentarse bien y agarrarse duro de las riendas para que no se escape con uno. Si no lo controla, él controlará a usted. Cuando usted aprenda a tratar al Señor Tele como San Pablo trataba su cuerpo, entonces permanecerá en su lugar debido: **“Golpeo mi cuerpo, y lo pongo en servidumbre, no sea que habiendo sido heraldo para otros yo mismo venga a ser eliminado”** (I Corintios 9:27).

Con un trato duro como éste, Señor Tele se mantendrá en su lugar. Mejor aún, usted experimentará el gozo de mantener sus afectos sobre las cosas de arriba.

- de un tratado impreso por *“Back to the Bible”* en *“The Voice in the Wilderness”*